

IMPERIALISMO

Iñaki Aginaga

INTRODUCCION AL IMPERIALISMO

El hombre es un animal débil y desarmado cuyo instinto de agresión ha sido potenciado por el desarrollo cultural. Los grupos humanos reaccionan ante los demás por la agresión. La interacción del miedo y la agresividad ha hecho del hombre el más conflictivo y peligroso animal de presa. Todo grupo humano trata de destruir, dominar, robar, esclavizar, explotar, matar, comerse, asimilarse, defenderse de e imponerse a los demás, por todos los medios a su alcance. No hay ejemplo histórico o prehistórico de pueblo que, pudiendo hacerlo, haya aceptado la presencia y el libre desenvolvimiento de los otros, aunque haya pueblos especialistas para los que la liquidación de los demás es empresa permanente, prioritaria, irrenunciable, hasta comprometer con ella sus propios bienestar, libertad y existencia.

El estado de naturaleza determina relaciones internacionales de conflicto permanente entre las naciones. Las relaciones políticas internacionales se fundan en la violencia antagónica entre naciones y Estados, que se encuentran siempre en posición o en disposición de guerra de todos contra todos. La “comunidad universal” desborda el ámbito de solidaridad y reconocimiento de que la humanidad es capaz, limitado de hecho a la nación y sus relaciones de proximidad. Movidas por instintos, impulsos, pasiones, fines, condicionantes o determinantes universales de dominación y agresión, de supervivencia y de resistencia, las naciones usan unilateralmente y sin limitaciones externas de la violencia y el terrorismo de masas como medios y fundamentos de política internacional, se oponen necesariamente entre ellas. La guerra, la opresión, la destrucción por la violencia de los otros pueblos son lo propio del estado de naturaleza en que viven los humanos. Buscar, atribuirse y utilizar la mayor capacidad posible de violencia actual y virtual a su alcance, disminuyendo o anulando la de los demás, tal es la norma fundamental de la política de las naciones, la única que éstas conocen, reconocen y practican. La destrucción de los demás es su objetivo absoluto, inmanente y consecuente, “conforme a su esencia”. Es la única forma de convivencia que son capaces de entender.

La razón, el humanismo, las utopías y el idealismo sin fundamento nada pueden contra ello, son, bien al contrario, instrumentos de propaganda y guerra psicológica al servicio de las potencias dominantes. La autodestrucción de la humanidad es perspectiva mucho más razonable que su reconciliación.

Las relaciones internacionales se establecen sobre bases políticas, geográficas, demográficas, económicas, culturales e ideológicas que hacen posible el fenómeno imperialista. El imperialismo no es una eventualidad, o un caso particular, una anormalidad o una excepción de las relaciones internacionales. El imperialismo es la condición de las relaciones políticas internacionales y del derecho internacional. El imperialismo, el recurso a la guerra, la opresión, la ocupación, la destrucción por la violencia de los otros pueblos, no son actividades marginales o excepcionales, corresponden al estado de naturaleza en que viven las naciones. No han sido limitados sino potenciados por la cultura y la civilización.

No son el progreso de la sociabilidad, el humanismo, el altruismo y el filantropismo, el factor que permitió el progreso de los derechos humanos en períodos sucesivos a partir del XVIII, sino el equilibrio general y los desequilibrios especiales de la paz armada, la guerra absoluta y relativa, el duopolio nuclear y la guerra fría. Su ruptura funda el retorno de la reacción y la nueva barbarie hegemónica o imperial, frente a los precarios, circunstanciales o aparentes progresos de tres siglos. La civilización, tras de la barbarie, no ha eliminado el despotismo, el imperialismo y la guerra, sino todo lo contrario. Revoluciones y guerras mundiales han dado al traste con las ilusiones a este respecto.

Siendo la violencia constitutiva de la política en general, de la guerra y del derecho en especial, tanto más se extiende y agudiza en cuanto base política del nacionalismo imperialista.

En las metafísicas tradicionales de la política y el derecho internacionales, “el orbe todo que, en cierta manera, forma una República, tiene el poder de dar leyes convenientes para todos, como son las del Derecho de Gentes”. “Ninguna nación puede creerse menos obligada por el Derecho de Gentes, por que está dado con la autoridad de todo el orbe”.

En la realidad, las relaciones políticas “supranacionales” son relaciones entre naciones, sin ninguna instancia “superior” de orden y poder. La agresión infrahumana está limitada por los instintos de conservación de los grupos familiares o suprafamiliares. La agresión humana no conoce tales límites. La lucha por la supervivencia tiene dimensión inmediata y necesariamente universal. La nación, como antes la horda o la tribu, es el límite máximo de cohesión, el ámbito máximo de solidaridad, de moralidad y de legalidad que la humanidad ha alcanzado, en un mundo económica y políticamente cerrado y unificado, pero demasiado grande para inhibiciones instintivas o culturales de la agresión intraespecífica, de la cual el planeta es campo abierto. El nacionalismo tiende al nacionalismo y el imperialismo absoluto, al monopolio, la dominación y la eliminación de toda alteridad nacional. El equilibrio o la escalada hacia los imperios “universales”, con todas sus consecuencias, son las únicas soluciones políticas que las naciones han encontrado para sus ambiciones e inquietudes. “Los pueblos civilizados se conocen y comprenden tan poco que se evitan los unos a los otros con odio y horror.” “Los individuos étnicos se desprecian en general los unos a los otros, se odian, se execran.” El nacionalismo imperialista teme y desprecia toda diversidad, toda entidad diferenciada, es uniformista y “universalista” por extensión de la propia nación.

En líneas generales, no hay pueblos “naturalmente buenos o malos”, pacíficos o agresivos, sólo hay pueblos débiles o fuertes. Son partidarios de la libertad y los derechos humanos en general los que no pueden dominar y destruir a los demás y temen o padecen dominación y destrucción de parte de ellos. Con la variación eventual de la relación de fuerzas, se invierten las disposiciones y actitudes “innatas” y el sentido “moral” que las dirige. “La moral y el derecho” son lo que les conviene según las circunstancias. Del mismo modo, las comunidades religiosas son pacíficas, partidarias de la libertad y el respeto mutuo cuando y donde son débiles y temerosas víctimas de la persecución de las demás, a las que persiguen, torturan y asesinan en cuanto consiguen la fuerza necesaria para ello.

<Para el imperialismo, defensiva y ofensiva se confunden. La defensiva tiende naturalmente a transformarse en ofensiva, pues en la realidad internacional nadie se considera nunca establecido en seguridad sin garantías, salvaguardas y modificaciones que tienden “lógicamente” a la eliminación “preventiva” de toda potencia económica, demográfica, política o cultural otra que ella misma. La defensiva es el motor supremo de la ofensiva. Los equilibrios o la escalada hacia los imperios “universales” son las únicas soluciones que la humanidad ha encontrado para sus ambiciones e inquietudes.>

Quienes pretenden hablar de, o actuar en, política internacional, deben necesariamente partir de esa realidad “exorbitante”, cualquiera que sea el juicio moral o teórico que les merezca y los proyectos, utopías o soluciones de sustitución que propongan para salir de ella. Si pretenden ignorarla, camuflarla o reemplazarla, sustituyendo la política y el derecho actuales por su “modelo” de sociedad internacional, lo que es por “lo que debe ser o lo que va a ser”, pueden estar locos o estar cuerdos, pero son agentes y arteros instrumentos de las fuerzas que dicen combatir. Sirven entonces a la violencia imperialista como solución real de los conflictos.

El nacionalismo imperialista produce la guerra, se implanta o desarrolla por la violencia. El sistema nacionalista-imperialista de dominación se construye sobre legiones de víctimas y ríos de sangre, por la violencia ilimitada, la destrucción, la represión, el terrorismo, la negación y ruina de los derechos humanos fundamentales como base política de la explotación, pillaje, deculturación y liquidación de pueblos y civilizaciones. Los crímenes contra la humanidad, contra la paz y contra las mismas leyes de la guerra son su substancia misma. Han sido y siguen siendo su origen, fundamento, desarrollo y consecuencias, efectivos y necesarios.

Con el imperialismo “se refuerzan particularmente la opresión nacional y la tendencia a las anexiones, es decir a la violación de la independencia nacional (porque la anexión no es otra cosa que una violación del derecho de autodeterminación de las naciones).” “El imperialismo conduce a las anexiones, al refuerzo del yugo internacional y, a partir de él, a la exasperación de la resistencia.” La subyugación de un pueblo y de un estado por otros es una permanente agresión, cadena inmanente, continua e interminable de opresión, persecución y terror.

La nación es el sujeto constituyente del nacionalismo y del internacionalismo. El “nacionalismo” en sentido amplio, es el modo de ser de la nación. Ambos son correlativos, indisociables. El nacionalismo, en sentido estricto, es la forma extrema, agresiva y opresiva de nacionalismo, el nacionalismo imperialista. Conlleva correlativamente la resistencia, la lucha defensiva por la libertad nacional. El imperialismo es la especie extrema de nacionalismo, de racismo, de opresión lingüística y cultural. El nacionalismo imperialista está constituido por la dominación social, económica, política e ideológica, la guerra, la conquista, la ocupación, la represión y el terrorismo, la explotación y el pillaje de recursos naturales y productivos, el genocidio, el exterminio o la sustitución de poblaciones por la expulsión, la colonización, el hambre, la enfermedad, la esterilización directa o indirecta, la expansión-destrucción racial, lingüística y cultural, la propaganda y la guerra psicológica. Los diversos factores de dominación se refuerzan o contrarrestan, se implican, suceden y complementan

mutuamente, se presentan en forma diversa en cada caso. Pero siempre, como los jinetes del Apocalipsis, cabalgan juntos.

El imperialismo absoluto no tiene por fin la subyugación, la explotación o la subyugación, sino la destrucción y la liquidación del pueblo y del Estado dominados y su sustitución por los propios. El imperialismo absoluto comprende y preside el imperialismo político, que comprende y preside el conflicto armado. Hace imposibles e ilusorios todo compromiso y toda transacción que den término al conflicto. No deja otra alternativa que la emancipación o la destrucción del pueblo adversario. En ambos casos, el imperialismo desaparece también, pues no hay dominante sin dominado. Para el pueblo subyugado, se trata de un conflicto existencial, una lucha por la supervivencia, que se le ha impuesto sin alternativa posible. La lucha por la supervivencia selecciona a los “mejores”, a los mejores para sobrevivir.

El imperialismo absoluto puede aparecer y establecerse como tal de forma inmediata o por transformación del imperialismo “relativo”. El imperialismo relativo persigue fines limitados de dominación, explotación o pillaje. Su estrategia admite períodos, formas y ritmos diferentes que no pueden prolongarse indefinidamente. Los pueblos oprimidos, ocupados, colonizados, terminan finalmente por recobrar su libertad nacional, *si* les dejan espacio y tiempo para ello. A mayor o menor plazo, el imperialismo sólo tiene, un medio de mantenerse: acabar con los pueblos mismos. Cuando los agentes del imperialismo relativo perciben su carácter inestable y precario y quieren perpetuar su dominación, escapando a las consecuencias del agotamiento del sistema y evitando la emancipación a plazo del pueblo y el Estado dominados, se ven abocados a adoptar fines y medios ilimitados propios del imperialismo absoluto, si se dan las condiciones políticas, demográficas, económicas o ideológicas idóneas para ello. Según se den, la conversión se realiza de forma más o menos brusca o paulatina.

La necesidad y la decisión de terminar por todos los medios, con la máxima urgencia y de una vez por todas, con la resistencia política, tienden finalmente a la liquidación de la base sociológica del conflicto. La guerra absoluta revierte al conflicto general absoluto. Destruir la base social con el fin de ganar la guerra y acabar con su resistencia, o ganar la guerra y acabar con la resistencia con el fin de destruir la base social son empresas que se producen mutuamente.

El exterminio, la liquidación de los grupos sociales por la vía política es la vía más directa para ello. El monopolio de la violencia resultante de la guerra y la ocupación es también la base que permite su sustitución, asimilación, liquidación, mediante el hambre, la enfermedad, la asimilación, los desplazamientos, deportaciones y plantaciones de población. La violencia y el terrorismo sobre la población civil son más fáciles, eficaces y definitivos que sobre fuerzas armadas. Tras las guerras de equilibrio, limitadas y civilizadas, “las verdaderas guerras son guerras de exterminio”.

En el imperialismo, la dominación económica o ideológica puede acompañarse con formas limitadas o moderadas de violencia, guerra, conquista y ocupación, o bien la violencia, el terrorismo se hacen decisivos e ilimitados, porque los pueblos no se dejan destruir de otra manera.

En el imperialismo “total”, los medios de acción no admiten normas restrictivas. Las vías “moderadas y progresivas” de dominación o destrucción de los pueblos se completan así, cuando ello es posible, con procedimientos más rápidos, efectivos y definitivos, que aseguran la victoria completa y definitiva del nacionalismo imperialista y permiten, a veces en tiempo muy breve, la destrucción irreversible e irreparable de estados y civilizaciones, naciones y razas, culturas y lenguas plurimilenarias.

La ignorancia y el desprecio de los demás pueblos son fundamento ideológico del nacionalismo imperialista. <Acorde con la producción ideológica inmediata, imaginaria, romántica, abstracta, mística, dogmática, esencialista y constructivista de la propia nación.> Para sus agentes y beneficiarios, los pueblos conquistados son desechos raciales, lingüísticos y culturales, incapaces de civilización y desarrollo social, económico, político y cultural. Los "pueblos" conquistados no valen nada, deben desaparecer cuanto antes en beneficio de los pueblos superiores, de los mismos "pueblos" inferiores y de la humanidad entera, lo que, en definitiva, viene a ser lo mismo. Deben ser sometidos, gobernados, despojados y, finalmente, desaparecer cuanto antes en beneficio de las razas, las lenguas, las culturas, los pueblos superiores. Las mismas “poblaciones” inferiores comprenden, aceptan, agradecen, solicitan, exigen y, finalmente, imponen el destino feliz que se les ofrece. No podría ser de otra manera, habida cuenta de los imponderables beneficios que la dominación extranjera les aporta. Sería absurdo pensar en una voluntad y una capacidad de resistencia sólida y permanente por su parte ante las fuerzas armadas de ocupación, que se bastan y sobran contra eventuales, efímeras, superficiales, absurdas y criminales veleidades de oposición. Para la ideología imperialista la resistencia de un pueblo que no existe ni merece existir es y no puede ser otra cosa que demencia o salvajismo, con el terrorismo de Estado, la “pacificación” y las diversas variantes de genocidio como tratamiento. <Crimen, salvajismo, imperialismo y "demencia" como únicas explicaciones de “la incomprensible obstinación de un nacionalismo sin nación, de una resistencia sin medios, de sociedad sin valor y sin recursos ante la nación superior y sus beneficios”.>

Cuando la resistencia nacional a la opresión desmiente la visión primitiva, optimista y romántica imperialista, la indignación y el furor de sus promotores no tienen límites. Estrategas e ideólogos pierden sus ilusiones, se sorprenden y escandalizan de las imprevisiones, contradicciones y disfunciones del aparato represivo, de las muestras de resistencia que la opresión ha originado, de una realidad que no corresponde a sus prejuicios y presupuestos. El desprecio integral, que se acompañaba con sentimientos de piedad, compasión y benevolencia hacia las razas o clases inferiores, cuya sumisión y abyección recompensan, se sustituye entonces por la xenofobia en su forma pura, por el odio, pasión y forma combativa de reconocimiento del otro.

Para el nacionalismo xenófobo, racista e imperialista que constituye la dominación sobre los pueblos, la simple existencia de éstos es un dato política e ideológicamente insoportable. La propaganda dominante en un conflicto absoluto niega ya de antemano la existencia de los pueblos y los Estados que trata de suprimir, dando por hecho el resultado que pretende alcanzar. Es existencia maldita, que la propaganda imperialista y fascista empieza por negar en idea, para mejor destruirla en la práctica mediante la guerra, la conquista y la ocupación, la

destrucción de todo fundamento o signo de identidad la colonización, la exclusión y el genocidio, la negación teórica y práctica de todos los derechos humanos fundamentales y, en primer lugar, del derecho de autodeterminación de los pueblos, primero de los derechos humanos y condición previa de todos los demás. Acelera de este modo el proceso de liquidación y evita toda cuestión de derechos, pues lo que no existe no tiene derechos. No tiene siquiera relaciones sociales, pues lo que no existe no se puede relacionar. El conflicto internacional, el imperialismo, el derecho de autodeterminación y todos los derechos humanos fundamentales desaparecen, pues el pueblo que no existe no tiene derechos. Lo que deja teóricamente el problema sin entidad ni base social y hace rigurosamente imposibles toda explicación y toda comprensión sociológicas e históricas. Pero como el problema existe y sus sujetos también, su negación implica contradicciones y acarrea inevitables vacíos teóricos que el ilusionismo ideológico imperialista se esfuerza por atenuar, evacuar o rellenar, con significativamente reiterativas aportaciones, interpretaciones y falsificaciones auxiliares.

La “nación” y el Estado únicos por destrucción de las demás es, en razonable consideración, un siniestro avatar para el propio pueblo dominante. En perspectiva global de la evolución, la diversidad, el desarrollo biológico, económico y cultural de la especie humana, puede pensarse que la xenofobia fundamental que constituye el nacionalismo imperialista podría sustituirse, con ventaja para todos, por la xenofilia y el internacionalismo, la libertad y la diversidad de cada persona y cada nación siendo factor y no obstáculo de la seguridad, la creatividad y el desarrollo de las demás. La libertad nacional es para todos la base de relaciones interiores y exteriores estables y pacíficas, bienestar y progreso económico. Al margen de toda consideración de orden moral, humanista o internacionalista, fuera de lugar a la vista del ganado humano con que se practica, podría pensarse que, en función simplemente de la más egoísta, estrecha y utilitaria visión del “interés nacional”, a partir de un nivel discernible de capacitación económica, política y cultural, sería más útil, barato, productivo, rentable, gratificante e interesante para las naciones dominantes dedicar recursos y esfuerzos a su propio desarrollo, inseparable de la democratización real interna y externa, que amargarse, si no arruinarse, la existencia negando y destruyendo la del prójimo. La experiencia moderna ha demostrado que su propia libertad, su dignidad, su identidad y su bienestar salen ganando con la libertad de todos los pueblos, y perdiendo con la putrefacción inevitable del sistema de opresión imperialista, colonialista y fascista. En el estado presente de su desarrollo social, económico y cultural, el abandono de las conquistas que la violencia y el terrorismo de masas les han proporcionado sería también para ellos factor inédito y decisivo de libertad, democracia, relaciones interiores y exteriores estables y pacíficas, bienestar y progreso económico y cultural, reconciliación y reintegración de su verdadera identidad y su conciencia nacional e histórica, restablecimiento de su dignidad humana, porque el imperialismo, la agresión, la violencia y el terror degradan a la nación dominante junto con la dominada.

Pero los pueblos son raramente razonables, y las castas militares y burocráticas que ejercen el poder real no lo son casi nunca. El imperialismo no es racional ni razonable, sino en la medida en que la reflexión es compatible con el instinto de agresión, la afectividad y la pasión nacionalistas. Las consecuencias las pagan todos, incluidos los pueblos dominantes.

No queda hoy, sin embargo, teórico o ideólogo lo bastante iluso como para tratar de persuadir de ello a los protagonistas de los principales e incesantes conflictos que amenazan y deshacen la paz y la libertad de la "comunidad" internacional. Intentarlo, sería tanto como creer de buena fe en el carácter racional o razonable de las relaciones internacionales, ignorar la dimensión primaria, instintiva, arcaica o irracional, afectiva y pasional, pero históricamente consolidada y desarrollada, de las grandes empresas de agresión y depredación, olvidar la realidad constitutiva e irremediablemente conflictiva de la sociedad internacional, que el "estadio supremo del capitalismo" no ha hecho sino agudizar, potenciar y poner en evidencia.

La historia comparada muestra la diversidad evolutiva de los imperialismos, pero confirma que el imperialismo no retrocede nunca de forma voluntaria, espontánea, racional o razonable, su remisión o limitación sólo se da cuando encuentra resistencias que no puede superar. El "interés nacional" tiene versiones y motivaciones propias, que la razón desconoce. Mientras el imperialismo y el colonialismo aparecen como beneficiarios y triunfadores, encuentran el apoyo de toda la nación dominante. Las raras excepciones son individuales. El nacionalismo dicho "de izquierda" no cede en nada al nacionalismo de los sectores más conservadores, bien al contrario. Solidaridad, resolución y unidad del nacionalismo imperialista solamente se disipan ante el coste creciente o exorbitante del conflicto con la resistencia.

Si suecos o anglosajones pueden, por prudencia, sentido o cálculo políticos, abandonar territorios y pueblos que obtuvieron y sometieron por la violencia, pero que superan su capacidad de gestión, ingestión y digestión, franceses y españoles son radicalmente incapaces de ello, mientras no han agotado hasta el último extremo los recursos de violencia de que disponen. Los imperios de Inglaterra u Holanda obedecen en parte a un sentido utilitario o práctico del interés nacional y de la dominación internacional. El insaciable apetito de dominación sobre pueblos y tierras del nacionalismo español y francés obedece a instintos y pulsiones predatorias consolidados y potenciados por muchos siglos de despotismo interno y externo y desborda consideraciones utilitarias o racionales. Tratándose de ellos, el imperialismo es siempre absoluto.

Españoles y franceses son incapaces de entender la diversidad de los demás si no es como despreciable y nefanda inferioridad, son incapaces de considerar las relaciones con ellos de otro modo que como asimilación o exterminio, siempre al servicio de Dios, del despotismo, de la civilización y del progreso, de la revolución o de la contrarrevolución, según los tiempos. <Es la historia de que tan orgullosos se sienten y en la que fundan su mitología nacional, la de la mayor organización criminal transcontinental de malhechores, ladrones, asesinos y fanáticos de toda la historia de la humanidad.> Su incapacidad para aceptar el derecho de libertad de todos los pueblos, sus incesantes guerras de conquista, depredación y exterminio los han condenado a ellos mismos, aparentemente con gusto, a también incesantes formas despóticas, absolutistas, asiáticas, o burocrático-militares de gobierno.

El nacionalismo imperialista es efecto del régimen interno del país dominante. Es también causa concomitante de su propio subdesarrollo político: "Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre". Es el precio a pagar por "la gloria y la grandeza" de los "imperios universales", por residuales que sean. El despotismo en España y en Francia es

históricamente inseparable del nacionalismo imperialista. El envenenamiento de la propia política española por el imperialismo se manifiesta en todas las épocas hasta el putrefacto presente que padecemos. En Inglaterra, Alemania, la URSS o Yugoslavia, el progreso o la consolidación de la libertad y la democracia internas es consecuencia de la decolonización en Europa, Africa o Asia. En los imperios europeos o ultramarinos, con el apoyo de “liberales, socialistas y comunistas” nacionales, se forjaban y templaban los sables y los ejércitos que ahora gobiernan. En Indochina, Argelia, Marruecos, Cuba, el País vasco o Cataluña se forjaron sus propias cadenas de despotismo interno.

Pero los imperios se deshacen, obligados a abandonar su dominación sobre los pueblos que subyugaron por la violencia y el terror y que recuperan, uno tras otro, su independencia nacional. Sólo hay un modo de impedir la marcha a la libertad y liquidar la resistencia política de los pueblos, y las naciones dominantes lo saben: acabar cuanto antes con los pueblos mismos. La carrera por la libertad de los pueblos ha entrado ya en la recta final, porque el espacio se agota, el tiempo se acaba, los plazos se cumplen. El fascismo es hoy la forma terminal, acabada, necesaria e inevitable del nacionalismo imperialista, porque la empresa sistemática de subyugación y liquidación de estados, pueblos y naciones, que se pretende absoluta, total y final, no puede ya proseguir sin el recurso a las formas totalitarias más “perfeccionadas” de represión y condicionamiento ideológico de masas. Las consecuencias las pagan todos, incluidos los pueblos dominantes. La experiencia moderna ha demostrado que salen ganando con la libertad de todos los pueblos, y perdiendo con la putrefacción inevitable del sistema de opresión imperialista, colonialista y fascista. Pero los pueblos no son siempre razonables, y las castas militares y burocráticas que ejercen el poder real no lo son casi nunca.